



# ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

## EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

### Lección 1:

### LOS PRIMEROS PASOS DE LA FE DE LOS APÓSTOLES

#### I. INTRODUCCIÓN:

1. El Objetivo de esta asignatura es mostrar cómo la catequesis parte del acto de fe de los Apóstoles en la persona de Jesús y tiende a hacer partícipe a los catequizandos de esa misma fe.

Los Apóstoles después de convivir con Jesús, después de verlo en la cruz y luego resucitado, le darán fe. Ya veremos más adelante en qué consiste este acto de fe de los Apóstoles.

El objetivo de esta asignatura es mostrar qué es ese acto de fe, cómo la catequesis la oferta y cómo conduce a los hombres hasta que ellos mismos pueden unirse a la fe apostólica, que es la fe de toda la Iglesia, la fe que constituye la Iglesia, la fe que es principio de toda la vida cristiana. La fe que, por ejemplo, da acceso al Bautismo.

El *Directorio General para la Catequesis* (DGC 66), dice a propósito de la relación entre catequesis y fe:

La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe.

Ya dijimos, el sábado que os hablé del método de la catequesis, que la finalidad de la catequesis es llevar al hombre a la comunión con Cristo. Aquí hemos leído que «La finalidad de la acción catequética consiste en propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe». Quizá a alguno le parezca una contradicción, ¿no habíamos dicho que la

meta era la comunión con Cristo? –En realidad es lo mismo, porque la virtud de la fe es la que nos da acceso a Cristo y nos permite no sólo estar junto a él, sino entrar en comunión con él, en una relación de interioridad recíproca que no da la mera cercanía física. Por tanto, decir que «la meta de la catequesis es la profesión de fe apostólica» y decir que «la finalidad de la catequesis es la comunión con Cristo» es, en el fondo, lo mismo.

Ejemplo de la hemorroísa y la afirmación de san Agustín: «Creer es tocar con el corazón»<sup>1</sup>.

2. Pero la fe de los Apóstoles en Jesús no es hecho puntual, sino un proceso, un camino que Cristo hace con ellos, desde que les llama y les admite en su compañía hasta que les hace testigos de su muerte y de su resurrección, y les envía su Espíritu en Pentecostés.

¿Por qué nos interesa observar este camino de la fe de los Apóstoles? Varios son los motivos:

- En primer lugar porque al hacer este camino con los Apóstoles nos percatamos mejor de la naturaleza y de los contenidos propios de la fe que queremos transmitir.
- En segundo lugar, porque nosotros en la catequesis queremos que un hombre llegue a hacer suya la fe apostólica, llegue a unirse a los Apóstoles y a toda la Iglesia en su acto de fe. Para eso debemos introducirlos en el mismo camino de fe que anduvieron los Apóstoles.

Durante un tiempo prolongado —por el evangelio de Juan, sabemos que es de tres años— un grupo de discípulos acompaña a Cristo y participa de forma absolutamente cercana de su vida: viven con él, están con él, comen con él, caminan juntos, le oyen predicar, observan las cosas que hace...

Nuestro propósito es comprender el camino de fe que hace con ellos, desde que los llama por primera vez a su compañía hasta que ellos pueden hacer una verdadera profesión de fe. Aunque en realidad aquí sólo podremos fijarnos en algunos momentos de ese camino. En concreto, nos fijaremos en tres momentos que podríamos señalar como el inicio, el centro y la conclusión de ese camino de fe.

---

<sup>1</sup> SAN AGUSTÍN, en: HENRI DE LUBAC, *La Fe Cristiana*, (FAX, Madrid 1970) 310

## II. EL TESTIMONIO DE JUAN BAUTISTA

En el evangelio de san Juan encontramos que el itinerario de los discípulos lo inician dos, que antes eran discípulos de Juan el Bautista. Sobre este hecho me gustaría subrayar algunas cosas:

### 1. El Bautista <sup>a)</sup> se entiende a sí mismo como el paso de las promesas al cumplimiento; y <sup>b)</sup> señala a Jesús como el *cumplimiento* y la *plenitud* de las promesas del Antiguo Testamento

Juan Bautista es la forma como el Antiguo Testamento, la Antigua Alianza, mira en Jesús su cumplimiento y su plenitud. Él se entiende a sí mismo como el paso de las «promesas» al «cumplimiento» y muestra cómo todo confluye en Jesús.

La historia de Israel, antes de la aparición de Jesús, está recorrida por una promesa divina, que va tomando formas distintas pero que se podría resumir en lo siguiente: Dios irrumpirá en la historia para dar inicio a un nuevo orden, que implicará una mayor cercanía entre él y el hombre; que implicará también una nueva relación entre los miembros de su pueblo.

Israel no sabe bien cómo será este orden nuevo, pero lo imagina a partir de la figura del Edén, donde Dios y el hombre paseaban juntos y estaban en armonía entre ellos y con el resto de la creación. Imaginará también el nuevo tiempo a partir de la memoria que tiene de su paso por el desierto: salvados y conducidos por Dios, acampando en tiendas alrededor de la Tienda del Encuentro, experimentando la compañía, el perdón reiterado y el cuidado providente de Dios, hasta alcanzar un pacto, la Alianza del Sinaí.

Y desde tiempo atrás, Israel pondrá esta esperanza en conexión con la figura de un Mesías, de un Rey, de un Profeta. Las tres grandes fiestas de peregrinación judías (la Pascua, Pentecostés y la Fiesta de las Tiendas) alimentaban esta esperanza a partir de la memoria de los hechos pasados.

En el Nuevo Testamento, la expresión «Reino de los Cielos» o «Reino de Dios», en labios tanto del Bautista como de Jesús, se refieren a este cumplimiento.

Pues bien, el Bautista se entiende como el paso de las promesas al cumplimiento.

Juan retoma en su predicación esta gran promesa que atraviesa toda la Antigua Alianza y llama a la conversión justamente por la inminencia de su cumplimiento: «Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos» (Mt 3,2).

Cuando le preguntan por su papel, encontramos que él asume este puesto que entronca con las profecías del AT y que viene a decir: Ya está aquí. Dios viene:

Yo soy la voz del que clama en el desierto: «Haced recto el camino del Señor<sup>2</sup>», como dijo el profeta Isaías. (Jn 1,23)

---

<sup>2</sup> Cf. Is 40,3

Todas las palabras del Bautista que recoge el cuarto evangelio tienen la intención de dirigir la atención de sus oyentes a Jesús, incluso antes de qué aparezca en escena («en medio de vosotros está uno a quien no conocéis» Jn 1,26). Su testimonio es doble: mostrar que Jesús asume en sí toda la Antigua Alianza y es el *cumplimiento*<sup>3</sup> de sus promesas; y mostrarlo como su *plenitud*<sup>4</sup> y, de esta forma, como un novedad, un nuevo inicio.

### 2. Los dos primeros discípulos de Jesús han sido antes discípulos del Bautista

Que los dos primeros discípulos de Jesús hayan sido antes discípulos de Juan, y que hayan llegado a ser discípulos de Jesús, en parte, por la indicación de su antiguo maestro, es una referencia clara a como el Antiguo Testamento es **un camino previo de fe que es necesario recorrer**. No podemos hacer un recorrido por toda la fe del Antiguo Testamento, pero vamos a intentar una síntesis, haciendo referencia a tres núcleos fundamentales:

#### A) «Yo soy el que soy» (Ex 3,14):

Estamos en la escena de la zarza ardiente. Cuando Moisés le pregunta a Dios por su nombre —que es como preguntarle: «¿quién eres?»—, recibe esta respuesta enigmática: «Yo soy el que soy».

Al darse un nombre que no es un nombre, Dios se desmarca del conjunto de los dioses que Moisés conocía en Egipto y de cualquier otro ídolo o de cualquier otro ser que el hombre pueda adorar sobre la tierra. Es como si Dios dijera: no tengo nada que ver con lo que los hombres llaman dioses y a los que invocan con distintos nombres. Yo soy totalmente distinto, soy el único Dios, el único que tiene en su mano el ser y el existir. Sólo yo me identifico plenamente con el ser y el existir. Todo lo demás nace y muere, empieza y deja de existir. Yo, sin embargo, soy el que tengo el ser. «Yo soy el que soy».

Es la afirmación de un único Dios y de que ese Dios único es absoluto, no tiene ningún otro poder enfrente comparable a él. Por lo tanto, es también el único principio de todo lo que existe, el Creador. Es el que está más allá de las cosas de este mundo, y de todo el mundo en su conjunto, que es trascendente. Y, al tiempo el que da el ser a todo: el Creador, el único principio de todo.

Aquí es bueno señalar que el gran contenido «catequético» de la creación en la Biblia, no es que Dios Creador sea Padre de todos —aunque no lo excluye—. El gran contenido catequético es que no hay muchos dioses, sino sólo uno y absoluto, que por ser Creador de todo, tiene todo en sus manos. Que en el universo y en la vida del hombre hay un principio de todo, alguien que da razón de todo. O lo que es lo mismo: el logro de la vida de un hombre no depende de mil factores diversos y

---

<sup>3</sup> «Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»;

<sup>4</sup> «Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a mí, porque existía antes que yo». «Yo no le conocía, pero he venido a bautizar en agua para que él sea manifestado a Israel».

desconectados. Que la vida del hombre llegue a ser una vida lograda depende sólo de Uno. Hay un Único Necesario, *Unum necessarium*.

Ya esto es una buena noticia, si lo comparamos con el politeísmo, tanto en sus formas antiguas como en las modernas. Porque libera al hombre de la impresión de vivir en medio de un caos, o de la lucha de diversos y opuestos poderes superiores a él que lo desgarran, de la esclavitud a mil factores diversos de su vida. El hombre no tiene que dar culto a un número enorme de dioses, cada uno con sus propias exigencias, no tiene que rendirse a los poderes diversos de ese mundo. No: hay un principio de todo, que asegura el bien del universo, un único ser al que dirigir el corazón.

Qué liberación supondrá este mensaje, explicado con palabras adecuadas a su edad, para un niño al que unos piden que estudie, otros que sea guapo y fuerte; otro que sea simpático; otro que sea un gran jugador de fútbol; y otro que aspire a ser famoso cantando en la *Voz Kids*. ¡Qué liberación saber que hay un único Dios, que tiene todo en sus manos! ¡Uno único al que rendirse y al que adorar! ¡Uno único que es necesario en la vida! ¡Una única meta!

### B) «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en misericordia y fidelidad»

Junto a la afirmación anterior, inmediatamente hay que añadir: El Dios Único no es un déspota, ante cuyo poder sin límite haya que temblar, porque el Dios que está más allá de todas las cosas, infinito y todopoderoso, es en realidad alguien que se complace en el hombre, que se hace cercano y entrega su corazón al hombre, a esta pequeña y pobre criatura suya.

Estamos de nuevo con Moisés. Después de un largo camino de servicio, Moisés le pide a Dios: «¡Déjame ver tu Gloria! Es un texto precioso en el que no podemos pararnos, pero la conclusión a la petición de Moisés es que **«El Señor pasó delante de él [de Moisés] proclamando: “Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en misericordia y fidelidad”»** (Ex 34,6). Se trata de la afirmación de que el Dios Absoluto, es un ser **personal**, es **fiel** y es **misericordioso**.

Que Dios sea un ser personal significa que el hombre puede establecer diálogo con él. El principio y el fin de todas las cosas no es una especie de verdad abstracta, o una realidad que sencillamente no “responde”. Imaginemos que fuese verdadera la doctrina de los materialismos, según la cual el principio de todo está en la materia. Si eso fuese así, ¿podría el hombre llamar a la materia buscando auxilio? ¿Podría un esposo implorar a la materia la pervivencia del amor con su esposa más allá de la muerte? —No, ciertamente no. Pero el Dios de Israel es un Dios personal, al que uno puede invocar. Dios mismo establece relación con el hombre porque ama al hombre.

Además a lo largo de la historia de Israel, Dios muestra que es fiel. Esto es: no es voluble ni caprichoso. Su voluntad no depende de circunstancias externas a él. Su voluntad es una y la misma siempre: que el hombre lo conozca, lo alabe y lo ame; y así viva. Y la voluntad de que el hombre viva no es alterada por nada, ni siquiera por el pecado del hombre.

Pero, además, Dios es misericordioso. Es un ser personal, que busca establecer relación de amistad con el hombre, es fiel y, sobre todo, es misericordioso<sup>5</sup> —como el mismo se proclama (Cf. Ex 34,6)—. Es un Dios que se entrega al hombre, infinitamente más pequeño que él, tanto en el ámbito del ser como en el ámbito moral.

Si todo esto es así, nos encontramos con que nos podemos dirigir a él con palabras como estas: «Levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio? —El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra». O como estas otras: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado». No es lo mismo pedir misericordia apelando a la bondad de aquel que ya ha mostrado su misericordia, que buscar satisfacer la ira de un ser superior apelando al valor de los sacrificios humanos, por ejemplo.

¡Qué liberación entender que Dios no nos mide por los méritos de nuestras virtudes, ni por la capacidad de nuestra inteligencia, ni por nuestros éxitos profesionales! ¡Ni por nuestros éxitos morales! ¡Ni siquiera por nuestros éxitos pastorales! ¡Qué liberación entender que Dios ha convertido nuestra pequeñez en su medida! ¡Qué liberación comprender que se entrega a los pequeños y que esa entrega no tiene marcha atrás!

### C) «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob»

Volvemos a la escena de la zarza ardiente, a la pregunta de Moisés, y a la respuesta de Dios: «**Yo soy el que soy**». A esas primeras palabras, Dios añade enseguida estas otras, en las que ahora nos vamos a fijar: «**Así dirás a los hijos de Israel: “El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros”. Éste es mi nombre para siempre; así seré invocado de generación en generación**» (Ex 3,15).

Esta es la expresión del amor. Lo que dice aquí Dios es que su nombre y su ser han venido a identificarse con su pueblo. Ya no es sin más “Dios”, el Único Necesario, el Absoluto, sino que es el Dios de Abraham, el Dios de los hombres. Dios Absoluto, fiel y misericordioso, es un Dios que identifica su nombre y su misma identidad con el pueblo al que ama. Dios ama al hombre hasta identificarse con él,

---

<sup>5</sup> Para la revelación de la misericordia de Dios en el AT cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dives in Misericordia* 4. Importante en este texto la nota nº 52.

de tal forma que esta relación que él ha querido establecer con el hombre por puro amor, entra a formar parte de lo que él es, de su propio nombre: «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob».

Este aspecto de que Dios ama al hombre hasta identificarse con él, es quizá el elemento más fascinante de la revelación veterotestamentaria. El Dios Absoluto, el Dios Creador del Cielo y de la Tierra, que tiene todo en sus manos, el Dios Fiel y Misericordioso, no sólo se dice capaz de relación, de ser invocado y de perdonar, fiel a las promesas de su misericordia, sino que dice que no se entiende a sí mismo sin ti.

La fidelidad de Dios no es sencillamente una forma de la inmutabilidad del ser supremo. Su misericordia no es sencillamente una forma extrema de magnanimidad hacia todo lo que existe, y hacia aquellos que son más pequeños, sino la manifestación de un acto constante de voluntad: la decisión del amor, la decisión de identificarse con el destino del otro y entregarse a él: « ¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos» (Is 49,15-16a).

Sólo la cruz de Cristo manifestará hasta dónde llega el amor que se expresa en estas palabras: «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Pero ya el Antiguo Testamento es testigo de que el amor de Dios no se contenta con la relación presente. El amor tiende por su propia naturaleza hacia una identificación cada vez mayor. Y así el AT es testigo de cómo Dios inicia con su pueblo un camino que contiene la promesa de una comunión más perfecta, en la que el amor se ensanche. Dios ama al hombre y su amor le empuja a buscar una comunión más perfecta. Esta promesa es la que subyace en la “Alianza” y en una imagen que la interpreta: la de los esponsales y la del amor conyugal. Dios camina con el hombre hacia la entrega total y definitiva, hacia una alianza esponsal.

La revelación veterotestamentaria de Dios tiene otros muchos matices. Y sin duda se podría buscar una síntesis mejor. Pero creo que estas tres categorías del Dios Absoluto, del Dios misericordioso y fiel y del Dios que se identifica con su pueblo y que inicia un camino hacia una comunión más plena, pueden resumir bien el corazón de la revelación del Antiguo Testamento, del camino de fe previo, el del Bautista y sus discípulos, el camino de fe que les permite comprender y adherirse, poco a poco, a la persona de Cristo.

Con este bagaje espiritual heredado de Israel, Juan y Andrés contemplan y oyen cómo su primer maestro señala a Cristo.

*Al día siguiente estaban allí de nuevo Juan y dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: — Éste es el Cordero de Dios. Los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús. (Jn 1,35–37)*

Con el testimonio de su maestro, Juan y Andrés se ven provocados a verificar si aquel a quien señala su maestro es realmente «el cordero de Dios». Pero para verificar que aquel hombre, Jesús, es realmente el cumplimiento y la plenitud de la promesa, tendrán que ir tras él. En el paso siguiente veremos como se inicia el camino de seguimiento.

Después de ellos, otros iniciaron ese camino en el que tendrán que comprender que Jesús cumple las antiguas promesas y lo hace con una plenitud no imaginada. San Pablo, un estudioso de las Escrituras, entenderá que con Jesús ha llegado la plenitud. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (Cf. CCE 422) recoge sus palabras para presentar a Jesús: **«Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley y para que recibieran la filiación adoptiva»** (Gal 4,4).

### 3. Conclusión

A la catequesis sobre Jesucristo, centrada en los misterios de su vida, debe precederla o acompañarla, una catequesis que asuma los contenidos de la fe veterotestamentaria sobre Dios y sobre la esperanza que Dios había fomentado en el corazón de su pueblo. Esto, insisto, puede hacerse o bien de forma previa a la explicación del Evangelio, o bien al hilo de la explicación del Evangelio.

## II. EL INICIO DEL DISCIPULADO

Jn 1,35-51: “Al día siguiente estaban allí de nuevo Juan y dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: — Éste es el Cordero de Dios.

Los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús. Se volvió Jesús y, viendo que le seguían, les preguntó: — ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: — Rabbí -que significa: «Maestro»-, ¿dónde vives?

Les respondió: — Venid y veréis. Fueron y vieron dónde vivía, y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima.

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Encontró primero a su hermano Simón y le dijo: — Hemos encontrado al Mesías -que significa: «Cristo».

Y lo llevó a Jesús. Jesús le miró y le dijo: — Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas -que significa: «Piedra».

Al día siguiente determinó encaminarse hacia Galilea y encontró a Felipe. Y le dijo Jesús: — Sígueme.

Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: — Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José.

## EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

Entonces le dijo Natanael: — ¿De Nazaret puede salir algo bueno? — Ven y verás -le respondió Felipe.

Vio Jesús a Natanael acercarse y dijo de él: — Aquí tenéis a un verdadero israelita en quien no hay doblez.

Le contestó Natanael: — ¿De qué me conoces? Respondió Jesús y le dijo: — Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.

Respondió Natanael: — Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

Contestó Jesús: — ¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores verás.

Y añadió: — En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre.”

### **1. El primer acercamiento de los discípulos, tiene la forma de una expectación que necesita iniciar un camino de seguimiento para ser verificada.**

En los primeros encuentros entre Jesús y los discípulos, a veces aparecen algunas afirmaciones que dan la sensación de que algunos de ellos tienen ya una fe firme en Jesús como el Mesías, como la de Natanael. Pero más que una fe firme es una expectación. Es la expectación que genera en el alma la aparición de alguien, que por las indicaciones dadas por el Bautista, podría ser ciertamente el cumplimiento de las promesas.

La fe firme y plena, se irá afianzando poco a poco en un camino lento, en el que también veremos bajas. Las expectativas del inicio deberán ir verificándose en el camino del seguimiento, en un conocimiento cada vez mayor. Más aún, la fe de los Apóstoles sólo llegará a su término con la llegada del Espíritu Santo y su enseñanza interior.

Sólo en este camino se puede verificar si Jesús es el cumplimiento de la esperanza del AT, más aún, el cumplimiento del deseo de plenitud del corazón del hombre. Y este camino no se hace sin una implicación que afecta a la persona.

No se puede hacer este camino, que parte de una gran expectativa, como el que intenta resolver un crucigrama en el salón de su casa, tranquilamente sentado. No, el camino de la fe, desde el principio, pone en juego a la persona, entre otras cosas porque es la relación con el Dios verdadero la que allí se juega y, con ello, el destino de la propia existencia. Es claro que nadie arriesgaría su vida en la resolución de un crucigrama, porque resolverlo es indiferente para lo que realmente importa en la vida del hombre. Nadie que se sienta a resolver un crucigrama en el salón de su casa sale a la calle con la urgencia de buscar su solución, porque nada importante de su vida está en juego. Pero alcanzar o no a Dios, el destino último de la existencia, eso es otra cosa diversa.

El camino de fe implica sí implica la movilización de la persona. Pero eso sólo ocurre si uno se percata de que algo verdaderamente grande está en juego. De que se me ofrece algo grande y de que lo que me juego es la vida, su logro o su fracaso.

Los primeros pasos de todo camino de fe, de toda catequesis de iniciación debe suscitar esta expectación. Tanto a un niño, como a un adulto, le proponemos algo realmente grande y debemos hacer que se percaten de que nuestra propuesta les afecta en lo más hondo, de que es la palabra más decisiva que ha llegado a sus oídos. Sólo así podrán pasar del “salón de casa” al “camino del seguimiento”, por seguir con la imagen que usaba antes. Pero para eso, al tiempo que audaces, debemos ser pacientes.

### 2. La importancia de las relaciones humanas en el camino de la fe.

En el pasaje del que hemos partido en este punto de nuestra reflexión (Jn 1,35-51) se observa la importancia de otro elemento en el recorrido de la fe: el de las relaciones verdaderamente humanas.

Primero ha aparecido la relación que los dos primeros mantenían con el Bautista y que ya hemos comentado.

Luego, cuando Jesús se vuelve a ellos y les pregunta «¿qué buscáis?», ellos responde con otra pregunta tremendamente lúcida: «**Dónde vives**», porque se dan cuenta de que la verdad de Dios no la encontrarán sino en la relación con éste que ha sido señalado por su primer maestro. La verdad cristiana no es una noción, no es una idea, no es una fórmula, ni una afirmación. La verdad cristiana es una persona y sólo se la encuentra estableciendo con ella una relación personal. Además Jesús les invita a su compañía: «**venid y lo veréis**». Y ellos de forma efectiva y real se unen a él, van detrás de él.

Pero hay más, porque uno de ellos Andrés, va a decírselo a su hermano, nada menos que Simón Pedro. Y Simón se convierte así el tercero de los discípulos.

Luego aparece Felipe, del que el cuarto evangelio no da ningún dato que nos permita ponerlo en relación con los anteriores. Pero Felipe sí llama a Natanael.

La primera reacción de Natanael nos indica algo ya dicho: que aquellos hombres tenían la mente y el corazón formado por el AT, con la expectativa que éste generaba en los corazones más generosos, pero también con las extrañezas que se produce en ellos ante algunos datos de la vida de Jesús, como que sea de Nazaret. Ante la extrañeza de Natanael, de nuevo la propuesta de Felipe, que vuelve a mostrar la necesidad de arriesgar e ir donde la persona concreta de Jesús, de no discutir sobre palabras o ideas, sino de ir a conocer a alguien concreto.

### 3. Una llamada al «corazón» el hombre

La aparición en escena de Natanael nos pone en la pista de otro elemento importante en el surgimiento y crecimiento de la fe: Jesús no sólo tiene que ver con el Dios verdadero manifestado en el AT, el Dios de la revelación; tiene que ver también con el interior del hombre, con el corazón del hombre y sus pensamientos y deseos más íntimos y profundos, aquellos en los que nadie puede penetrar, si no son revelados libremente por el propio hombre.

El diálogo de Jesús con Natanael, no sólo indica que Jesús tiene un conocimiento sobrenatural de dónde estaba, sino, sobre todo, de su interior. O mejor, que el corazón del hombre, con sus misterios, tienen que ver con él.

«**Cuando estabas debajo de la higuera te vi**». Natanael se ve sorprendido en aquel estar bajo la higuera, que delata un interior que parecía estar oculto a la vista de todos. Es como si aquel hombre de Nazaret, conociendo dónde estaba antes de que lo llamase Felipe, supiera también lo que había en su corazón.

Esta experiencia no está lejos del quehacer catequético, porque la Iglesia, por propia experiencia humana y, sobre todo, por la luz nueva de la revelación, conoce el corazón del hombre. Conocer a Cristo significa conocer al hombre, porque Cristo es el hombre perfecto, y es la piedra clave para comprender el misterio del corazón de todo hombre.

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (...). Cristo, que es imagen de Dios invisible (Col 1,15), es también el hombre perfecto<sup>6</sup>.

Por eso el catequista conoce aquel misterio que esconde todo hombre y que el mismo hombre no termina de entender. El corazón del hombre, pequeño, pero capaz del infinito, es un misterio para el mismo hombre. Sin embargo la Iglesia tiene la clave fundamental para la resolución de ese misterio: la persona de Cristo. Ella sabe que en la comunión con Cristo el hombre, pequeño, alcanza el amor infinito y eterno para el que está hecho. Ella sabe que todo hombre ha sido creado para Cristo. Y que Cristo da razón de lo que experimenta. El hombre que aún desconoce al Verbo encarnado, se desconoce a sí mismo<sup>7</sup>, pero la Iglesia, y el catequista por tanto, conoce este misterio fundamental del corazón humano.

---

<sup>6</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* 22

<sup>7</sup> Cf. SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: «No conociendo al Verbo hecho carne, por medio del cual se obra la maravilla, y no habiendo oído la llamada de su lira, se desconocían a sí mismos».